

Diccionario de la globalización real

Economía por su crítica a las opiniones monetaristas de Milton Friedman, formulada desde su postura keynesiana. Pero en aquel momento su propuesta de gravar los movimientos de capitales había caído en el olvido.

Actualmente la tasa Tobin está siendo objeto de un intenso debate. La tasa desalentaría las especulaciones que hacen el viaje de ida y vuelta en pocos días. Debería pagarse tanto al adquirir moneda extranjera como al venderla. Si las transacciones fuesen sólo anuales, la tasa no tendría apenas consecuencias, pero si tuviesen carácter especulativo y los movimientos de entrada y salida se realizaran con periodicidad semanal, de dos días o incluso de un solo día, como sucede frecuentemente, la tasa podría representar una fuerte carga, capaz de frenar estos movimientos. Las inversiones reales a largo plazo podrían estar exentas del pago del gravamen.

La tasa tendría, además, una ventaja adicional: reunir un fondo enorme que podría destinarse al desarrollo del Sur o a la defensa del medio ambiente, en un

Los poderes fácticos que aman
y provocan las situaciones
turbulentas se opondrán a la
tasa en nombre de la libertad

momento en que los países ricos, especialmente los Estados Unidos, se muestran reticentes a dar dinero a los organismos internacionales.

La tasa Tobin es una idea excelente. Pero no nos engañemos: sus posibilidades de implantación son, por ahora, mínimas. Por un lado deben definirse los tipos de transacciones objeto de gravamen —la ingeniería financiera es enormemente sofisticada—, quién controlaría su cobro y el destino de los fondos recaudados. Por otra parte, la tasa requiere una cooperación global para evitar evasiones, lo que no es una cuestión obvia, incluso entre los países del G-7. Sinceramente, no veo a Bush muy favorable a la Tasa Tobin. Los poderes fácticos, que aman —y provocan— las situaciones turbulentas se opondrán a la tasa en nombre de la libertad: no se pueden poner puertas al campo. Esta falta de consenso ha hecho que Chile, Colombia y Malasia hayan implantado con éxito medidas unilaterales de control de los flujos.

La batalla por la tasa Tobin, como la del 0,7 por ciento del PIB, se enmarca en una guerra por la reforma de las políticas de los países ricos y de las grandes instituciones internacionales (FMI, BM, OMC). No se puede aceptar que la pobreza y la desigualdad sigan aumentando. □

TONI COMÍN
LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y
FILOSOFÍA Y PROFESOR DE ESADE

SOLEDAD GOMIS BOFILL
PERIODISTA

Revolución tecnológica. La irrupción de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones (TIC) es una de las causas principales de la globalización. Aplicadas a cualquier sector económico tradicional, estas nuevas tecnologías suponen un increíble aumento de la productividad. La revolución se inició a mediados de los setenta, motivada sobre todo por la crisis que sufrió el sistema capitalista a principios de aquella década. Las TIC aportaron precisamente dos elementos imprescindibles para salir de la crisis: la flexibilidad y la innovación.

Neoliberalismo. Ideología dominante bautizada por los críticos como pensamiento único. Para el neoliberalismo las relaciones de mercado son el fundamento básico de la sociedad. Simple y llanamente se trata de un reduccionismo que limita el conjunto de la sociedad a su esfera económica. Si la economía es capitalista, entonces para el neoliberalismo, las leyes y mecanismos capitalistas son los que deben organizar la sociedad. De lo que se desprende una consecuencia ética: si lo que hace funcionar el mercado es el afán de riqueza, éste será también el valor fundamental de la ética social. Así que gracias al neoliberalismo, el afán de riqueza ya no es egoísta, sino una prueba de estricta racionalidad. Pero aún hay más: el mercado se considera a sí mismo el único mecanismo capaz de generar el bien común. En otras palabras, la moral capitalista —definida por el individualismo posesivo, el materialismo y el éxito entendido como mejora social— queda legitimada como algo respetable e incluso deseable. Aunque fríamente es inconcebible que la voluntad de lucro dirija la sociedad, debe reconocerse que en la práctica el mundo está organizado como un gran mercado. Y el problema no es que haya este mercado capitalista global. El problema es que no hay nada más.

Globalización. Fase actual de expansión del sistema capitalista que integra a casi todos los países del planeta en un solo mercado y bajo un mismo sistema económico mundial. Es decir, se trata de la eclosión de l capitalismo global impulsado por la revolución tecnológica y por la inexistencia de un rival político, ideológico y económico.

Libre circulación de capitales. El capital financiero tiene toda la libertad para invertir allí donde le plazca. En consecuencia todas las Bolsas del mundo se encuentran interconectadas en una única red que constituye, según Manuel Castells, “el sistema nervioso del sistema capitalista”. Los grandes fondos de inversión se mueven de un lado a otro del planeta en función de las oportunidades determinando así la suerte de los países del mundo, que dependen en su gran mayoría de capitales extranjeros. Ésta es la mayor novedad que ha aportado la globalización, ya que el movimiento de capitales es el flujo que más ha crecido desde la caída del muro de Berlín en 1989. Las inversiones de mayor rentabilidad son las especulativas, que juegan con los diferenciales de los tipos de interés y con las fluctuaciones en los tipos de cambio entre las diversas monedas. Esta libre circulación de capitales coloca al sistema en una situación de permanente inestabilidad. Una crisis financiera en un punto del planeta se convierte fácilmente en una crisis en todo el sistema, como las recientes de México en 1994 y del Sudeste asiático en 1997.

Libre comercio. A finales del siglo XIX se produjo la primera globalización: el comercio entre países pasó de un 1 a un 9 por ciento del PIB mundial. Sin embargo, con las guerras mundiales, las economías del mundo dejaron de relacionarse entre ellas. Desde 1950 hasta hoy, la apertura comercial se ha recuperado y en 1995 se pasó del 7 al 15 por ciento en 1995. Esta liberalización se lleva a cabo de una manera descompensada: mientras los países del Sur han abierto sus economías de manera considerable, los del Norte siguen manteniendo barreras arancelarias que impiden la entrada de productos del Sur en sus mercados, aspecto que limita enormemente el desarrollo del Sur y lo mantiene en el subdesarrollo. Por otra parte, el libre comercio sin regulaciones acarrea el peligro de generar una carrera internacional para la disminución de los costes laborales. Porque con tal de mantener su competitividad, los países del Tercer Mundo sólo tienen un arma: mano de obra barata y ausencia de legislación social y medioambiental. Si un país pretende mantener sus salarios y una normativa social y medioambiental razonable, sus empresas amenazan con irse a otro país. Siempre habrá un país con sueldos más bajos y peores condiciones laborales. Se crea una espiral descendente (de los países del Norte a Indonesia, y de aquí a Vietnam hasta llegar a China) cuya principal víctima son los derechos humanos y sociales ele-

mentales. Así, las empresas del Sur crecen gracias a estas condiciones, y las del Norte, para enfrentarse a las del Sur, recurren a los despidos, a la sustitución de mano de obra por tecnología o a la reducción de los impuestos con que se las grava.

Sociedad del conocimiento. Las nuevas tecnologías provocan que el factor productivo más importante para crear riqueza sea el conocimiento —el trabajo intelectual no repetitivo, con un mínimo nivel de creatividad. Así como la sociedad agrícola feudal de la Edad Media tuvo como factores productivos la tierra y la mano de obra, y la sociedad industrial capitalista moderna tenía como elementos productivos el capital y la mano de obra, ahora entramos en un nuevo sistema en el que los dos factores claves son el capital y el conocimiento —que sustituye a la mano de obra.

Cultura McWorld. Término acuñado por Benjamin Barber para definir el hecho que la globalización imponga unos mismos patrones de consumo entre aquellos grupos sociales del mundo entero que resultan beneficiados del proceso globalizador. Esta unificación de pautas y comportamientos no se produce a partir de una interacción cultural espontánea, sino que es estimulada desde el centro del sistema: la cultura cosmopolita de hoy es en realidad únicamente occidental, básicamente norteamericana, y su medio de identificación son algunas marcas: Nike, McDonalds, Coca-Cola. Los nuevos medios de comunicación globales —hijos de la revolución tecnológica— y cuyo prodigioso símbolo es la CNN, son los encargados de transmitir esta “cultura única”. La prueba de la victoria de esta cultura no es que los vencedores la exhiban orgullosos, sino que los que no la alcanzan sienten una brutal frustración por verse excluidos de sus aparentes beneficios.

Desigualdad. La consecuencia más importante de la globalización es la desigualdad descomunal entre el Norte y el Sur. El Sur contiene el 80 por ciento de la población mundial y sólo concentra el 20 por ciento de la riqueza, mientras que la relación es exactamente la opuesta para el Norte. La mitad de la población mundial —3.000 millones de personas— sobrevive con unas 300 pesetas diarias. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha propuesto cuatro comparaciones aplastantes para ilustrar esta desigualdad. Primera. El coste de conceder la escolarización primaria a todos los niños del mundo que hoy no disfrutan de ella (uno de cada cuatro de los pequeños del planeta) sería de unos 6.000 millones de dólares anuales; cada año, la población de los Estados Unidos se gasta 8.000 en cosméticos. Segunda. La nutrición

de todos los niños que hoy se ven desnutridos (un 32 por ciento de los menores de cinco años) costaría unos 13.000 millones de dólares cada año; en Estados Unidos, cada año se gastan 17.000 en comida para animales. Tercera. El coste de dar “salud reproductiva” a todas las mujeres (hoy casi la mitad no reciben asistencia durante el parto) sería de 12.000 millones de dólares anuales; justamente la misma cantidad que la gente de Europa y Estados Unidos se gasta al año en perfumes. Cuarta. Hacer llegar agua potable y sanear las aguas residuales de un 29 por ciento del mundo que hoy no tiene costaría 9.000 millones de dólares; los europeos compramos 11.000 millones de dólares cada año en helados. La globalización tal y como hoy la conocemos tiende a incrementar estas diferencias.

Dualización social. Que el factor productivo clave sea el conocimiento también provoca profundos efectos sociales. Según el antiguo ministro del Trabajo de Clinton, Robert Reich, podemos hablar de tres categorías de trabajadores: los “analistas simbólicos”, que son los que utilizan el conocimiento como herramienta productiva; los trabajadores de “servicios rutinarios de producción”, que realizan faenas repetitivas, es decir, el clásico obrero industrial, y los trabajadores de “servicios en persona”, que hacen los trabajos de poco valor añadido pero cuyo cliente debe estar necesariamente presente, como peluqueros, camareros, encargados de comercios. Los “analistas simbólicos” compiten en un único mercado global y su salario no depende de las horas trabajadas sino del valor del trabajo. Los “rutinarios de producción” se encuentran también en un mismo mercado global (puede trasladarse una planta industrial a China o hacer que obreros hindús introduzcan miles de datos en un ordenador para una base norteamericana), su salario depende de las horas y la oferta es mayor que la demanda. Los de “servicios en persona” no compiten en un mercado global (aunque sí

con los inmigrantes del Sur al Norte), su sueldo también depende del tiempo trabajado y la oferta también es mayor que la demanda. Por todo esto, los “analistas simbólicos” son gracias a la revolución tecnológica los vencedores de la globalización; los “rutinarios de producción” son los grandes perdedores debido al libre comercio, y los de “servicio en persona” son los perdedores relativos, ya que hasta ahora habían dependido de la fuerza de los “rutinarios” para determinar el pacto social. Las sociedades de los países desarrollados se encuentran al borde de una dualización social, que rompería la cohesión social de relativa igualdad que había permitido el Estado del bienestar.

Crisis del Estado del bienestar. Los Estados han perdido capacidad para seguir realizando las tareas que hasta ahora llevaban a cabo. El control y la regulación de los mercados se ha convertido en algo demasiado grande y queda fuera del alcance de los Estados nacionales. La legitimidad del Estado en el mundo desarrollado durante la segunda mitad del siglo XX residía en su capacidad para garantizar unos derechos sociales mínimos, es decir, en el hecho de ser un Estado social o del bienestar. Este Estado del bienestar requiere una política económica adecuada: un nivel considerable de gasto social —educación, salud, pensiones— por parte de la Administración y por tanto una alta presión fiscal. Con la globalización, el libre comercio obliga a los Estados a reducir la presión fiscal para mantener la competitividad de sus empresas. Por otra parte, si los Estados reducen la presión fiscal pero mantienen los gastos, entran en déficit público. Y con la libre circulación de capitales, el mercado penaliza duramente aquellos países con déficit. Si los Estados pues no pueden recaudar ni tener déficit, la única alternativa es reducir el gasto público, del cual el gasto social es una parte muy importante. Y por lo tanto, los derechos sociales pasan a estar menos protegidos, ya que dependen del nivel de gastos.

Las alternativas

Regulación de los mercados financieros. La regulación de los mercados supondría frenar la especulación que ha convertido la globalización en un inmenso casino planetario dominado por la inestabilidad. Aunque aplicar tal legislación significaría romper el principio más intocable de la actual globalización: la libre circulación de capitales. En palabras de Paul Krugman, una de las principales autoridades de la economía mundial: “Los defenso-

res del libre mercado creen que el principio de colocar su dinero donde les parezca es un principio sagrado. Pero de igual manera que el derecho a la libertad de expresión no incluye el derecho a gritar ‘¡fuego!’ en un teatro abarrotado, el principio de los mercados libres no significa que los inversionistas puedan pisarse unos a otros en desbandada”. De todas las propuestas de regulación, la que concita mayor unanimidad es la llamada tasa Tobin.

Regulación del comercio mundial. Para evitar las peores consecuencias del libre comercio es necesaria la implantación de unas normas laborales, sociales y medioambientales para todo el mundo, vinculantes para los países que quieran participar en el comercio mundial. Para conseguirlo se trataría de equilibrar los poderes de las instituciones partidarias del libre comercio, como la OMC y el FMI, con los organismos que velan por los derechos humanos, como son la Organización Internacional del Trabajo, la Comisión de las Naciones Unidas para el Desarrollo Sostenible, la Organización Mundial de la Salud, etc. Las primeras accionan el poder del capital y de las multinacionales, mientras que las segundas representan los derechos del conjunto de la población. Visto el equilibrio institucional actual, debemos concluir que hoy la globalización garantiza el dominio de las primeras.

Iniciativa 20:20. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el coste de la erradicación de las formas extremas de pobreza sería de 80.000 millones de dólares anuales. Esta cifra equivale al 0,5 por ciento del PIB mundial, y es inferior al patrimonio neto de los siete personajes más ricos del mundo. El gasto militar mundial es diez veces superior, de 800.000 millones de dólares aproximadamente. Además, el gasto militar en los países pobres a menudo no es más que la consecuencia de los conflictos derivados de la pobreza, que a su vez son consecuencia de la falta de gasto social. Así, debería ser aumentada la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), es decir, las transferencias que los países del Norte hacen a los del Sur. El 0,7 por ciento es lo mínimo, del que muchos de los países occidentales están aún lejos. Aunque la situación es aún peor: actualmente nos encontramos en los niveles más bajos de AOD de los últimos cincuenta años. Además hay que reestructurar los presupuestos de los gobiernos del Sur para garantizar que esta ayuda se dedique a fines sociales. En 1995 las Naciones Unidas resumieron estas propuestas en la Iniciativa 20:20, por la que los países del Sur deben dedicar un 20 por ciento de sus presupuestos y los países donantes un 20 por ciento de sus ayudas a servicios sociales básicos.

Condonación de la deuda externa. El origen de la deuda externa de los países subdesarrollados tiene varias causas, aunque en ninguna de ellas la población actual tenga responsabilidad: el ingenuo desarrollismo de los años 60 que marcó expectativas de crecimiento desmesuradas; la corrupción de los gobiernos no democráticos del Sur que se quedaban con los créditos; la avaricia de los bancos del Norte que durante los años 70 llenaron el Sur de créditos en buenas condiciones para colocar sus fondos; el egoísmo

de los países ricos, con Estados Unidos a la cabeza, cuya política monetaria en los 80 provocó una situación internacional que hizo aumentar de forma astronómica la deuda. Los países pobres han caído hoy en un terrible círculo vicioso: pagar la deuda les impide desarrollarse y el subdesarrollo provoca que la deuda sea cada vez mayor. En cualquier caso, la discusión ya no puede centrarse en si es justo o no condonar la deuda, eliminarla, porque dicha deuda es tan alta que se ha convertido en impagable.

Reforma de las Naciones Unidas. El poder en las Naciones Unidas está repartido en función del poder militar en el Consejo de Seguridad y de la capacidad económica en el Banco Mundial y en el FMI. Estas tres instituciones son las que cuentan aunque a menudo no son más que una extensión de la diplomacia occidental. La solución pasaría por reformar los tres organismos citados para que incluyeran países del Tercer Mundo y por la creación de un Consejo de Seguridad Económico y Social que se ocupara del desarrollo social y el crecimiento económico de todo el planeta.

Sistema fiscal internacional. Nos topamos aquí con una de las mayores paradojas que plantea la globalización: los países que se oponen de manera más radical al establecimiento de unas normas sociales, laborales y medioambientales globales son en general los países del Sur. Creen que se trata, una vez más, de imponerles de forma camuflada unas barreras indirectas a sus productos. Si los países del Sur aplicasen unas leyes laborales mínimas, no podrían competir en un mercado global con los países del Norte: su única ventaja comparativa es la mano de obra barata y la ausencia de costes medioambientales. Y los países del Norte acusan a los del Sur de competencia ilícita. Todos tienen su parte de razón. ¿Cómo resolverlo? Si los países pobres tuvieran unas infraestructuras físicas y sociales adecuadas, podrían disfrutar de una mayor competitividad. Pero no tienen los fondos para construirlas. Así, el Norte debería ofrecer un gran pacto al Sur: exigir normas sociales y laborales a cambio de un sistema de transferencias financieras permanente que permitiera el grado de inversión pública que los países pobres necesitan para desarrollarse. Este fondo sólo podría afectar a las sociedades más ricas y a las rentas más altas del planeta. Se trataría en definitiva de organizar un sistema fiscal mundial de tipo redistributivo.

Movimiento antiglobalización. En otoño de 1999 miles de manifestantes dinamitaron la reunión de la OMC en Seattle, y en la primavera del 2000 en Praga interrumpieron la del FMI. Estos manifestantes reci-

bieron básicamente tres críticas: que se trataba de un movimiento únicamente reactivo, opuesto a la globalización, pero que no ofrecía ninguna alternativa; que no había coherencia alguna entre las reivindicaciones, y que entre los participantes de intenciones loables se escondían falsos intereses. Sin embargo, el valor de estas manifestaciones de rechazo es que demostró que la globalización se lleva a cabo de manera injusta. La explosión inicial no fue más que una explosión de denuncia.

Foro Social Mundial. El reto del movimiento antiglobalización consistía en ser capaz de articular todas sus denuncias y alternativas en un único programa común, que se planteara como una alternativa a la globalización actual. Y fue el Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre en enero del 2001 –paralelo a la habitual cumbre de Davos de los líderes mundiales–, el que puso sobre el tapete por primera vez que la crítica a la globalización es también propositiva. El movimiento crítico ha dejado de ser "antiglobalización" para pasar a ser un movimiento "a favor de otra globalización".

Democracia global. Actualmente tenemos dos grandes fuerzas que protagonizan el proceso globalizador: Davos contra Porto Alegre. Por un lado las fuerzas económicas con las Bolsas y las multinacionales, y por el otro las fuerzas ideológicas, representadas por un sinnúmero de movimientos sociales. Los primeros tienen el poder, pero les falta legitimidad: sólo tienen la del *statu quo*. Los segundos tienen la legitimidad –su movilización es en nombre de los derechos humanos–, pero les falta el poder. De los tres ámbitos de una sociedad –económico, político y cultural–, el único que hoy no está globalizado es el político. Una imagen de Porto Alegre lo ilustra perfectamente: en un debate vía satélite entre líderes críticos de Porto Alegre y los mandamases de Davos, el moderador fue Kofi Annan, el secretario general de Naciones Unidas. El representante del ámbito político global era tan sólo el moderador entre la economía y los valores. El mundo gira alrededor de actores económicos y culturales, pero los actores políticos están por construir. En el ámbito político podrían encontrarse y confluír el poder de un lado y la legitimidad del otro. La aparición de actores democráticos globales permitiría regular la economía mundial de acuerdo con los derechos humanos. En otras palabras, otorgaría a los actores económicos la legitimidad que necesitan, y proporcionaría a los movimientos sociales la capacidad de incidencia y el poder que ahora no tienen. De momento pues, la única función del poder político global es servir de moderador. □